

COTCHICO Y LOS PIONEROS DEL BALONCESTO

En el verano de 1933 el venezolano Nicolás Cotchicó, afincado en Zaragoza por motivo de sus estudios, reunió a unos cuantos socios de Helios aleccionándoles sobre la práctica del Basket-ball, llamado también baloncesto, e inculcándoles su afición a este deporte. Entre sus discípulos estaban: los hermanos Moreno, Pitar, Nuez, Rivas, Chausson, Las Heras, Medrano, Burrull, Casanova, del Val, Guillén, Chicot y algunos más.

Pronto llegó a calar hondo la inclinación a este deporte por otros socios, lo que supuso que se jugasen muchos partidos en la antigua pista próxima al río. El calzado empleado por aquellos deportistas era muy distinto a las sofisticadas zapatillas que se utilizan hoy. Eran alpargatas que costaban menos de una peseta. Muchas personas utilizaban esta clase de calzado para la vida cotidiana, ya que los zapatos no estaban al alcance de todos.

Cotchicó, que alternaba sus estudios con ratos de asueto en Helios impartiendo enseñanzas de baloncesto, logró formar un conjunto que debe considerarse el primer equipo oficial que ha tenido Helios y el pionero también en Aragón.

Al año siguiente, para medir sus fuerzas, se organizó un partido contra un equipo del Regimiento Gerona, nº 22, que estaba formado por catalanes que cumplían el Servicio Militar en nuestra ciudad. El equipo de Helios estaba formado por: los hermanos Jesús y Pedro Moreno, Rivas, Nuez y el propio Cotchicó, que vencieron por el abultado tanteo de 25-22.

Comenzaba el nacimiento de un nuevo y apasionante deporte en nuestra región. En los años 1934 y 1940 se jugaron torneos sociales en Helios entre los equipos: Unión, Patria, Saluqui y Helios, todos compuestos por socios del Centro, entre los que existía una gran rivalidad.

A la muerte de Nicolás Cotchicó, el 30 de diciembre de 1985, y a pesar que hacía años residía en Bilbao, fue tal el cariño que tuvo siempre a Helios que antes del definitivo trance pidió que sus cenizas fueran esparcidas en el Ebro, frente a los terrenos de nuestro Centro. Tres días más tarde, el dos de enero de 1986 se cumplieron sus deseos en presencia de su esposa, de su hija, del que fuera su compañero de equipo, Jesús Moreno, y de Luis Rasal, presidente de los Socios Honorarios.

El día 17 de marzo, la Junta, siguiendo las directrices marcadas desde la fundación de fomentar toda clase de deporte, se dirige a los socios por medio de la prensa para que todos aquellos que simpaticen con el Basketball, pasen por la Secretaría del Centro para inscribirse en alguno de los equipos que se están organizando.



El 8 de mayo de 1935 acuerda la Junta la ratificación de que Helios pertenezca a la Federación Aragonesa de Atletismo. El 17 de junio se acuerda dirigir un escrito a la Federación Española de Natación, así como a los clubes de Huesca y Jaca, para intentar fundar la Federación Aragonesa. El 25 del mismo mes se pone en conocimiento de la Junta la formalización de la Federación Aragonesa de Basketball, aprobándose que el Centro pertenezca a la misma.

El 19 de noviembre se disputa en la pista de Helios el primer partido de la Copa de Otoño de baloncesto entre el equipo del Centro y el Sprint. Arbitra José Kolly, que posteriormente ocupó la presidencia de la Federación Aragonesa de Baloncesto y la de Helios. Faltando pocos momentos para finalizar el partido, Pedro Moreno consiguió encestar una formidable canasta, la que dio el triunfo a Helios por el tanteo de 21-20. En abril de 1936 se da carácter oficial a la sección de piragüismo del Centro y se acuerda, asimismo, federar las secciones de natación y baloncesto.

El 14 de julio se celebra un partido de baloncesto de preselección para participar en Barcelona en la Olimpiada Popular, al mismo tiempo que tenían lugar en Berlín los Juegos Olímpicos oficiales. Se enfrentan el equipo blanco formado por: Revilla, Casanova, Macario, Sancho y los hermanos Burrull, y el equipo azul compuesto por: Castell, De Val, Pellicero y los hermanos Moreno. Venció el blanco por el tanteo de 32-29, y se dio como posible selección la compuesta por: De Val, Casanova y Nuños, como defensas, y Burrull I., Moreno J., Macario, Castell y Pellicero, como delanteros. No obstante solamente se trasladaron a Barcelona Jesús Moreno y Pellicer, y allí les sorprendió la Guerra Civil.

TOMEY, LA PRIMERA ESTRELLA DEL BALONCESTO

1939 fue el año de la irrupción deportiva de José Tomey, uno de los mejores jugadores de baloncesto que tuvo nuestro Centro en su primera época. Comenzó muy joven a practicar natación, atletismo y pelota. Los dejó por el baloncesto, asimilando rápidamente los secretos de este deporte. Al año siguiente comienza a destacar en el campeonato social, perteneciendo al Sprint. Pasó a formar parte del equipo titular de Helios, junto con los hermanos Moreno, los hermanos Andrés y Manuel Bruñén, al mayor se le llamaba escalera por su altura, Jesús Casabon, verdadero ejemplo de deportista y caballerosidad, recordman de Aragón de lanzamiento de jabalina, Vizcarra, Mora, Buenacasa, Gregorio, Casasús, López Zubero, Luz, Querol y otros. Lograron formar un potente equipo que, con sus rivales de la Unión Deportiva Huesca, copaban todos los Campeonatos de Aragón. La labor de Tomey fue elogiada por la prensa local, y nacional, hasta el punto de que el Layetano de Barcelona lo quiso enrolar en sus filas. Esto provocó alguna suspicacia, hasta el extremo de que un periodista local llegó a insinuar que Tomey era un deportista marrón, es decir, que cobraba dinero por jugar, extremo, éste, que no era cierto. Helios no podía permitirse el lujo de pagar a sus deportistas, sino todo lo contrario. Así lo demuestra el gesto de los componentes del equipo que, en febrero de 1940, deseando recibir el espaldarazo en el baloncesto nacional, se trasladan a Barcelona para enfrentarse con el B.I.M. costeándose los jugadores los gastos del viaje.

En mayo de 1941, la Directiva acuerda la participación del equipo de baloncesto en los campeonatos de España, a la vista de los éxitos que venían obteniendo.



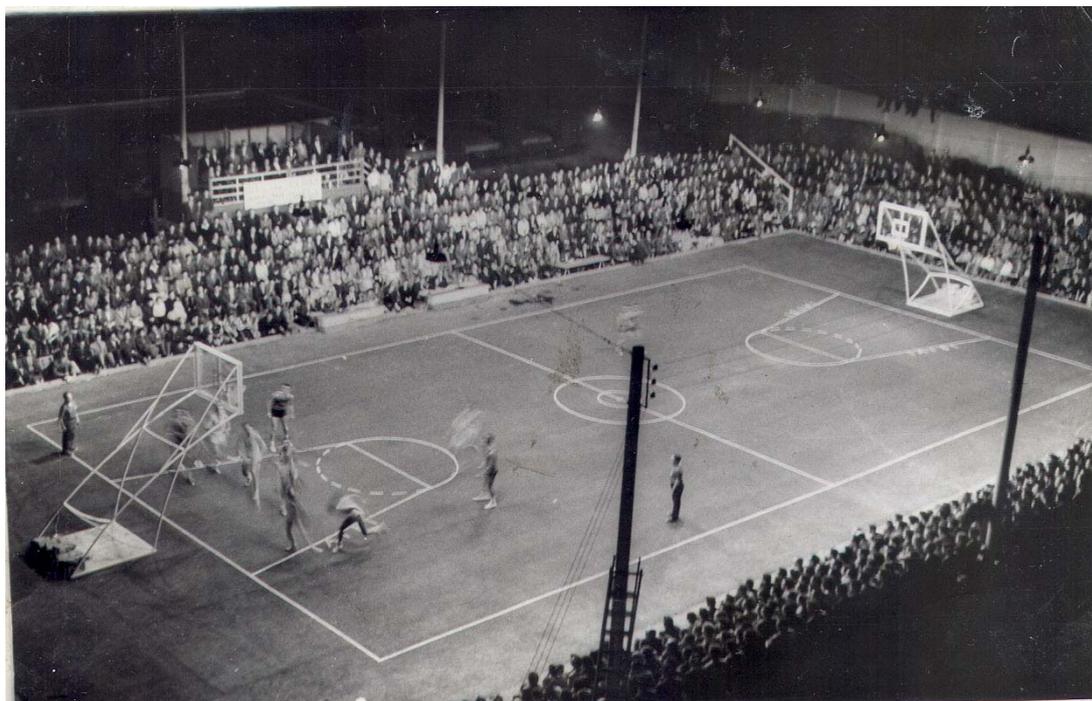
En 1942, debido al entusiasmo que ponían las jugadoras de baloncesto de Helios, iba en aumento el nivel de juego. Salían a jugar fuera de Zaragoza. Para formar al equipo se contaba con un numeroso grupo formado por las hermanas Bonilla, hermanas Yanes, hermanas Climent, Edurne, T. Sáez, A. Lajusticia, J. Merino, C. Ariz, M.^a C. Plaza y C. Burguete.

En 1944 el equipo de baloncesto de Helios se proclama campeón de Aragón, venciendo a adversarios tan potentes como el S.E.U. y la U.D. Huesca. En el Campeonato de España cae derrotado dignamente ante el potente Layetano.

Antonio Burillo fue un gran deportista que cuando se retiró de la natación se dedicó al baloncesto, siendo un destacado jugador.

ANFITRION DE LA FASE FINAL DE COPA

En mayo de 1958 se acomete la instalación de cuatro focos, de 1.000 wátios cada uno, en la pista de baloncesto para poder celebrar partidos nocturnos. Esta mejora resulta imprescindible pues, un mes más tarde, la pista será escenario de la final de la Copa del Generalísimo –la actual copa del Rey– entre los equipos del Real Madrid y el Juventud de Badalona.



Aquella XIX edición de la Copa se disputó entre los días 12, 13 y 14 de junio. Es decir, fue una fase final en toda regla, lo que demuestra que no hay casi nada nuevo bajo el sol español baloncestístico. Como no podía ser menos, resultó todo un acontecimiento en Zaragoza y dejó un recuerdo imborrable entre la afición

aragonesa, que unos meses más tarde ya disfrutaría de su primer representante en la Liga Nacional, el vecino y eterno rival, Iberia, que de la mano de Angel Anadón fue el pionero en la máxima categoría. Un año más tarde coincidirían en la Liga Nacional Iberia y Helios, nada menos que dos escuadras zaragozanas entre la élite.

Anécdotas de aquella fase final hubo muchas, desde la indeseable presencia de un cierzo helador que en pleno mes de junio obligó a muchos espectadores a acudir a las gradas ¡con abrigo!, hasta la pasión de la finalísima, resuelta a favor del Juventud, en la prórroga, 74-69, después de igualar a 62 en el tiempo reglamentario.

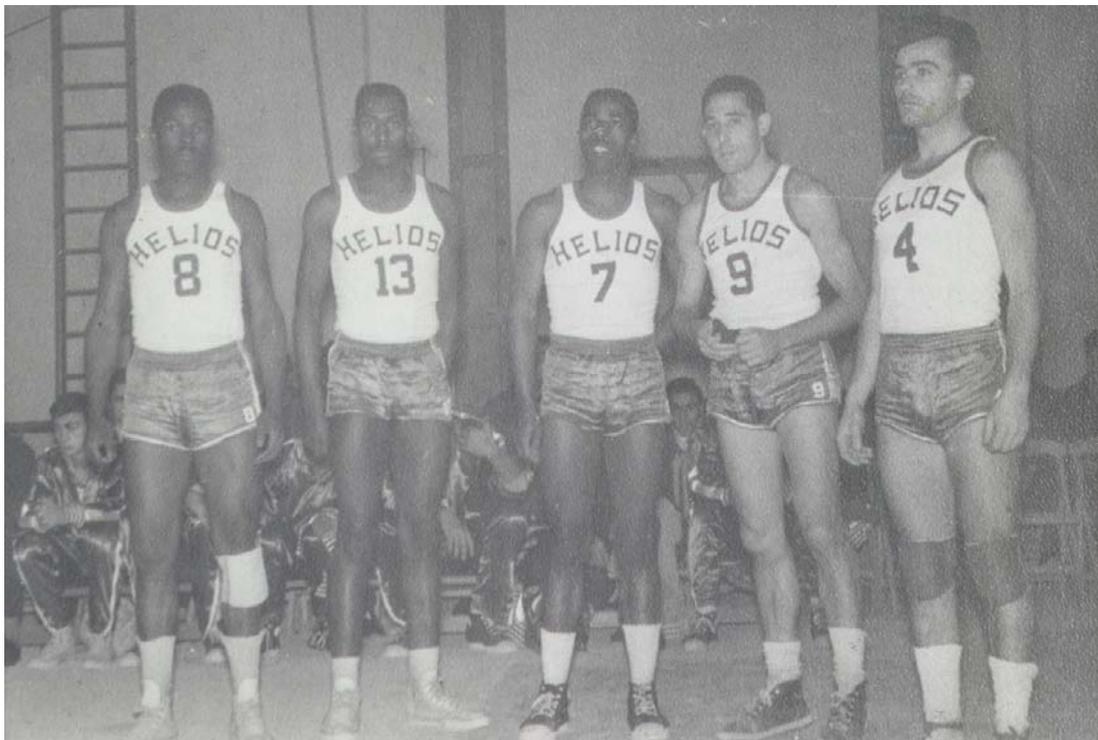
En los dos días anteriores los favoritos se había ido imponiendo a sus rivales: el Juventud de Badalona al Nautico de Tenerife, por 52-27; el Orillo Verde de Sabadell al Aguilas de Bilbao, por 54-36, pese a la gran actuación entre los bilbainos de un tal Emiliano Rodríguez; el Real Madrid al Bazán de Ferrol, por 76-50; y el Aismalibar al Hesperia, por 50-44. Las semifinales ya estuvieron más reñidas, con triunfos del Real Madrid sobre el Aismalibar, por 68-53, y del Juventud sobre el Orillo Verde, por 48-38.

En cuanto a la final, la mayor parte de su desenlace hizo presagiar un triunfo blanco. A falta de dos minutos, el Madrid vencía por once puntos, 62-51, y acariciaba el título. Fue entonces cuando Joaquín Broto, técnico del Juventud, solicitó su último tiempo muerto y, aragonés él, encomendando literalmente a sus hombres a la Virgen del Pilar, les envió a una furiosa presión por toda la pista. Aquellos dos últimos minutos fueron una pesadilla para el Madrid, que vió como el huracán verde se acercaba, 72-70, a falta de escasos segundos. Para colmo, una absurda falta del pivot Alfonso Martínez otorgaba dos tiros libres al verdinegro Parra y costaba la expulsión del indiscutible Alfonso. Parra anotó, empató, y la prórroga ya sólo tuvo color verdinegro porque Broto se ocupó de asegurar las máximas garantías: «Chavales, si finalmente ganamos, mañana, a primera hora, iremos todos a ponerle a la Virgen un cirio así de grande». Promesa que cumplieron escrupulosamente, acudiendo a misa de infantes ante la venerada imagen antes de emprender viaje de regreso, con la Copa, a Badalona.

EN LA ELITE DEL BALONCESTO

Ambiente tan formidable significó el espaldarazo definitivo para el baloncesto zaragozano, que había conocido su bautismo de fuego en la élite ese mismo año de 1958 cuando el Iberia de Ángel Anadón se incorporó a la tercera edición de la Liga Nacional desde la legendaria pista del Club de Tenis, a orillas del Huerva, para codearse con la mayor dignidad con los grandes de nuestro baloncesto.

Anadón, que se había iniciado en el basket en nuestra vieja cancha del Ebro y mantuvo y mantiene su condición de socio de Helios, formó un equipo que llegó a ser temido, con jugadores norteamericanos de la Base Aérea como Stones, Mullins, Powell, más tarde Tyson, Skinner, y otras estrellas tan zaragozanas como Jorge Guillén, Julio Descartín, Juanjo Sánchez Marín, Antonio Cano, Carmelo Martínez y Juan José Moreno, quien después de alcanzar la internacionalidad atendió otra superior vocación y se incorporó a la Compañía de Jesús para cuidar de cuerpos y, sobre todo, de almas de los alumnos jesuítas.



Una temporada más tarde, en 1959, Helios ya estaba en la Liga Nacional, torneo en el que debutaba Pedro Ferrándiz al frente de un Real Madrid poderoso, que se paseó en Copa y Liga con el portorriqueño Johny Baez como gran figura. Aquel año debutaban también en el Madrid los jóvenes Pepe Laso y Sevillano; permanecía Antonio Díaz Miguel; triunfaba en el Orillo Verde Emiliano; Buscató y los hermanos José Luis y Alfonso Martínez lo hacían en el Barcelona. Y entre semejante constelación de figuras se estrenaban nuestros Lorenzo Alocén, Antonio Burillo, Antonio Anoro, Ángel Sánchez, Pepe Oliete, Isaac García, Vicente Lorente, Leopoldo Lastra y Juan Palacios, y los americanos Harps, Louis y Thomas, también procedentes de la Base Americana. La dirección técnica corrió a cargo de Burillo, quién logró salvar la categoría por los pelos, pero con gran dignidad, pues los tiempos ya marcaban claramente las diferencias entre los profesionales de ayer, de hoy y de siempre y nuestros atletas, grandes de corazón, pero limitados en medios económicos, problema endémico que ha acompañado la historia del Centro en todas sus épocas.



Así y todo se salva la categoría y en la campaña 1960/61 el equipo vuelve a tomar la salida en Liga Nacional, prácticamente con la misma plantilla pero bajo la disciplina y los colores del Real Zaragoza, a quien se había cedido la plaza. Presidente del club de fútbol era Faustino Ferrer, quien conoció una de las mejores clasificaciones en la historia del once blanquillo: tercero en la liga. En cuanto al quinteto de basket, siguió bajo la dirección de Antonio Burillo, esta vez con fortuna esquiva, pues el Zaragoza terminó penúltimo, debió promocionar y sufrir ante el Agromán de Madrid, y terminó perdiendo la categoría tras caer en Zaragoza por cinco puntos, 60-65, ganar en Madrid por idéntico margen, 40-45, y perder en el definitivo desempate en Bilbao por 58-52.

El descenso en cualquier caso no desanima pese a que esta temporada 1961/62, se presenta sombría para el baloncesto zaragozano, afectado ya por la epidemia exportadora de jugadores, como queda de manifiesto tras el traspaso de Lorenzo Alocén al Real Madrid y el del iberista Julio Descartín, también al equipo de la capital. Un año más tarde, otros dos valores de Iberia, Jorge Guillén y Enrique Baturone, emigran al Aismalibar de Montcada, lo que a la postre terminó con la andadura del Iberia en la máxima categoría.

Pero Zaragoza no se rinde y la temporada 1962/63, aceptando una oferta de repesca de la Federación Española, se toma el tren de la Liga en el último momento. Se sale con los mejores mimbres posibles, sumando efectivos de Helios y del Iberia, bajo la denominación de Tritones, esos simpáticos anfibios de río tan abundantes en épocas no tan lejanas en el Ebro.

Nadie da un duro por aquel entusiasta Tritones, que con las fuentes de financiación nada claras y recogiendo los restos de anteriores naufragios afronta una Liga ya absolutamente profesionalizada. Ángel Sánchez se pone a los mandos y consigue no sólo acabar, sino hacerlo extraordinariamente dejando

atrás en su grupo, en la nueva fórmula de competición de este año, al Águilas de Bilbao, Agromán y Canoe y cediendo sólo ante el Estudiantes y el Real Madrid de Emiliano, Burgess y Luyk. Como no podía ser de otro modo, el hábitat del Tritones fue la vieja cancha del Centro, donde se enseñoreaban tan frecuentemente nieblas, heladas y cierzos. La pista cubierta aún era un lujo asiático. La plantilla de aquel año giraba en torno al norteamericano Carlos Huckaby, que jugaba con una pata de conejo en la media a modo de amuleto, y estuvo bien secundada por Antonio Burillo, Eugenio Aragüés, Juanjo Sánchez Marín, Vicente Lorente, Armando Pérez, Enrique Sanz, Juan Palacios, Agustín Álvarez y Viñuales.

LORENZO ALOCEN, MAXIMO ENCESTADOR DE LA LIGA

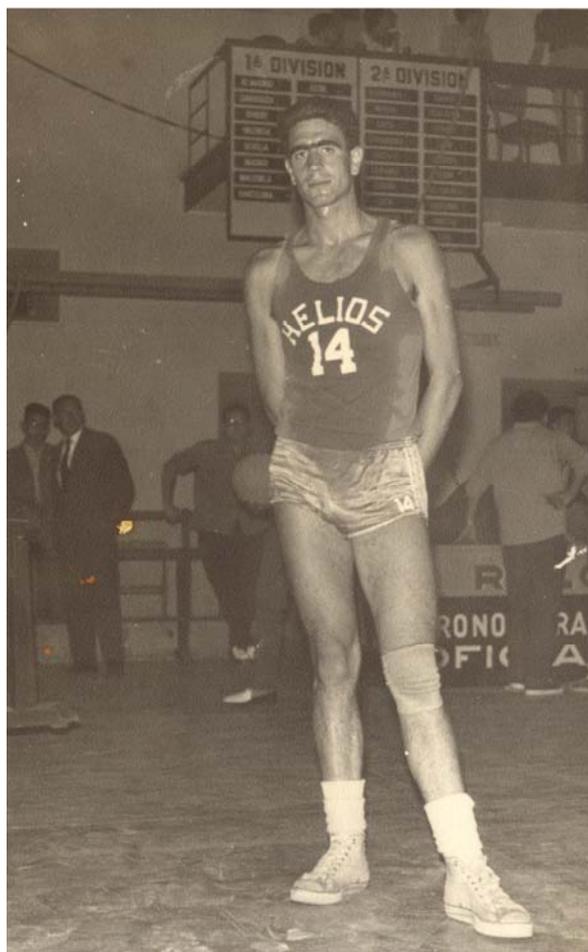
Cuando un año más tarde, 1963-64, regresa Lorenzo Alocén a Zaragoza para cumplir sus obligaciones militares, Helios estrena entrenador, Emilio Tejada, recupera su nombre de pila y con Lorenzo en sus filas a su mejor americano. Prueba de ello es que la campaña vuelve a ser holgada, igualando a puntos con el Sevilla y Canoe y dejando atrás al Agromán, amén de triunfos en Zaragoza ante Águilas y Estudiantes. No obstante no se pudo evitar la fase de promoción que se celebró en Barcelona y depuró la Liga a sólo ocho equipos para la campaña próxima.

En ella, la 1964-65, estuvo nuevamente Helios haciéndose sitio entre aquellos ocho grandes, estrenando firma patrocinadora -TUSA-, conociendo por primera vez la presencia de las cámaras de televisión en la liga y adaptándose, en suma, a todos los cambios... menos a uno que seguía invariable: su condición de práctico amateur entre aquel universo que ya multiplicaba en dólares.

Ello no impidió nuevos triunfos sobre Águilas, Mataró, Canoe... y hazañas individuales tan enormes como la de Alocén, que se proclamó máximo encestador de la liga con 330 puntos y un promedio de 23,5 por encuentro, lo que le valió el Trofeo Pressing recién instituido por José Antonio Gasca. Ángel Sánchez volvió a dirigir la batuta y se incorporaban nuevos nombres como Jesús Alcaine, Ramón Cabanes, Marina, Hermenegildo Márquez y Juan Alejaldre.

Las campañas 1965-66 y 1966-67 fueron las últimas páginas del baloncesto heliófilo entre gigantes. La primera la dirigió una vez más Antonio Burillo que alineó como novedad al portorriqueño Pedro Monzón y a un joven José Luis Rubio, que tomaba sus primeras armas entre el baloncesto de elite. El equipo acabó décimo y último pero igualado a puntos con Hospitalet y Sevilla y tras históricas victorias sobre Mataró, Águilas y el mismísimo Barcelona.

La temporada 1966-67 fue de despedida y ... paréntesis, pues aunque se pudo mantener la categoría en la cancha se sucumbió frente a las necesidades de tesorería que abocaron al baloncesto zaragozano a su maldita condición de proyecto imposible.



La normativa de la Federación Española, prohibiendo jugadores extranjeros, siempre bajo presión de los clubes catalanes, sólo supuso el comienzo de las nacionalizaciones blancas -Luyk fue el primer y sonado caso-, pero sin embargo resultó un mazazo para las aspiraciones de equipos modestos como Helios, privados ahora incluso de las pequeñas ventajas que otorgaba la Base Americana. Así, de la mano de Santiago Blasco, se salió más doméstico que nunca con refuerzos procedentes del Tenis -José Blas Margelí, Eduardo Sainz- o del Colegio El Salvador -Mariano Ibáñez- y aunque se acabó en última posición con un sólo triunfo ante el Náutico de Tenerife, 59-49, se eludió el descenso por retirada previa del Sevilla y se venció en la promoción al Canoe.

La continuidad se garantizaba pero frente a los problemas económicos hubo que arrojar la toalla. El año siguiente -temporada 1967-68- era Helios el que dejaba la liga coja con once equipos, quedando el Juventud de Badalona con el pie en el estribo el día anterior a levantar el telón del torneo en Zaragoza.

La suerte estaba echada.

EL TRITONES VUELVE A LA PISTA

La retirada del equipo de baloncesto de la máxima categoría supuso para este deporte el comienzo de un período difícil y sombrío. La primera consecuencia fue una fuerte multa, de cien mil pesetas, y por supuesto el éxodo de los mejores jugadores que emigraron a destinos más seguros: Toño Seral, al Bosco La Coruña; Pedro Guimerá, al Kas de Bilbao; Ramón Cabanes, al Mataró; Jesús Alcaine, al At. San Sebastián...

El baloncesto zaragozano quedaba huérfano, pese a que, paradójicamente, el nivel de su cantera era excelente, con colegios tan pujantes como La Salle Montemolín y El Salvador. Éste, de la mano del jesuíta Miguel Larumbe, había llegado a ser Campeón de España juvenil, en gran medida gracias a un cañonero temible como José Manuel Lausín, al que secundaban Carceller, Buj, Morellón, Castilleros y un tal Santiago Lanzuela, quien con el correr de los años sería presidente de la Diputación General de Aragón.

Existía, por tanto, buena simiente y una afición entregada que reclamaba baloncesto y así se supo interpretar una vez más desde Helios cuando un año más tarde, en 1968, un grupo de veteranos del Centro formó con lo más galano de la vieja guardia nuevamente el Tritones y se lanzó a las canchas de la tercera división española, protagonizando una machada propia de estas tierras, de estos cierzos y de estas gentes.

El Tritones terminó su participación invicto. Se paseó militarmente por la liga y se presentó en las fases de ascenso a 2ª División, celebradas en Zaragoza y Valencia, donde ganó también todos los encuentros y, por supuesto, alcanzó el ascenso. Los Oliete, Lorente, Sánchez, Miranda, Aragués, Álvarez y compañía promediaban por encima de los treinta años, sumaban más de quince hijos, constituían ya una rareza en la época, pero su esfuerzo no obtuvo el premio merecido pues la realidad económica vuelve a imponerse y ese año 1969 marca otro hito negro en la historia de nuestro baloncesto porque el equipo no puede salir en 2ª División, la Federación Española ratifica la sanción que había quedado en suspenso e inhabilita al Centro para la práctica del baloncesto durante diez años en cualquiera de sus categorías.

Semejante sanción –posiblemente la más dura en la historia del baloncesto español– tampoco se cumplió a rajatabla, pero en cualquier caso supuso una puntilla letal para las ilusiones del baloncesto zaragonano, condenado, sin comerlo ni beberlo, al ostracismo de las categorías provinciales y reagrupado como mejor pudo en torno al Stadium Casablanca, La Salle y al nuevo Estrellas Verdes, que organizara Ángel Anadón bajo la simbólica tutela de la Hermandad de Alféreces Provisionales.

En cuanto a Helios, desapareció literalmente del mapa baloncestístico y pasó un año totalmente en blanco, hasta octubre de 1970, fecha en la que fue nuevamente levantada la sanción federativa y Pedro Labé se apresuró a reorganizar los restos de la sección e inscribió dos modestos equipos juveniles. El año 1970 se despediría con otra mala noticia muy propia de la maldición de la casa: la del grave accidente automovilístico de Antonio Seral, ahora en las filas del Breogán, en el que perdió la vida su compañero de vehículo, y de equipo, Manuel Merino.

Por fin, en la temporada 1971-72 y a consecuencia del reajuste/desbarajuste de las competiciones nacionales el equipo logra meter la cabeza en el panorama nacional teniendo como compañeros de viaje a siete equipos de Lérida, cuatro de Huesca, uno de Andorra y otros tres de Zaragoza, a saber, Estrellas Verdes, Armas y San Antonio. El artífice de la nueva etapa es ya el entusiasta José Luis Rubio, todavía en funciones de jugador, que recoge de sus dos últimos clubes, Casablanca y Estrellas Verdes, los mejores jugadores posibles –Alejaldre, Gil, Alloza, Carceller, Valgañón, Roqués, Corrales...– y los pone a disposición de otro histórico de la casa, Vicente Lorente. El balance es digno, pero la cosa no pasa del tercer puesto y no hay lugar a disputar el ascenso.

Un año más tarde –la campaña 1972-73– se puede redondear mejor el equipo. Se fichan catalanes a su paso por la mili: Navarro, Beltrán, Juan..., al riojano Treviño y el equipo termina como líder del grupo y acude a Palma de Mallorca para disputar una fase de ascenso en la que se impone a Montemar de Alicante, La Salle Hedilla de Barcelona, Malgrat y Bazán de Ferrol y sólo se inclina la cabeza ante el anfitrión, el CIDE de Palma, arropado por una cancha horrorosa y un arbitraje parcialísimo. Entrenador había sido Eugenio Aragüés, aunque para la fase de ascenso se recurrió de nuevo a Vicente Lorente, un hombre talismán que siempre estuvo al lado de Helios en los momentos difíciles.

La segunda plaza en Palma daba derecho a la promoción y tocó en suerte el histórico Layetano, que todavía conservaba privilegios de su época dorada. Consecuencia: dos días antes del primer partido llega una circular de la Federación Española prohibiendo disputar las promociones en pistas descubiertas. Nada se había dicho unas semanas antes de la infame pista de Palma, pero Helios debió trasladarse con lo puesto al Salduba para jugar, en la práctica, en cancha neutral y sólo pudo forzar un empate a 76 que resultó insuficiente en la devolución de visita a Barcelona.

Anécdota para la historia: el 8 de abril de este año 1973, debuta con el equipo de 3ª División un juvenil camuflado de junior que responde al nombre de Juan Antonio San Epifanio, que volverá a ser convocado en alguna otra ocasión con el primer equipo, antes de acompañar a su hermano Herminio al F.C. Barcelona, para convertirse en paradigma de tenacidad y disciplina... y en uno de los más grandes jugadores de la historia del baloncesto español de todos los tiempos.

Ya saben, con decir Epi está todo dicho.

La campaña 1973-74 hizo concebir grandes esperanzas y se saldó con un éxito tan incontestable como el ascenso de categoría. Previamente el grupo X de 3ª División fue cobrando color heliófilo conforme iban doblegándose a los gallitos del momento, Montgat, Peña Zoiti, Jac Sant, Seat... y, sobre todo, Antorcha de Lérida. A mitad de temporada se incorporan Sainz y Margelí y el equipo termina primero del grupo y se presenta en la fase de ascenso de Huesca pletórico de moral, lo que se pone de manifiesto con sus triunfos ante La Salle Paterna, Blanes, Castellar y La Salle Navarra. El pinchazo se produce ante el Universitario de Granada, pero en cualquier caso se abren las puertas de la definitiva promoción, en la que toca en suerte el Ademar de Badalona. En Zaragoza, triunfo aragonés, 79-75; y en la vuelta se repite victoria, 57-66. El equipo estaba en 2ª división. Había sido delegado de la sección el desaparecido Rafael Grilló y entrenador Juan

Antonio Ortiz de Landázuri. Un prometedor junior, Rafael Abad, fue considerado por la Federación Aragonesa, mejor deportista del año.

Animado por éste éxito, José Luis Rubio decide asumir más altas funciones y aunque no cuelga todavía las botas pasa a hacerse cargo directamente de la sección. El equipo se refuerza en esta campaña 1974-75 con el turolense Pepe Lanzuela, con el badalonés Joaquín Costa y con los zaragozanos Carlos Malo y Antonio Bes, este último también trágicamente desaparecido. La responsabilidad técnica es del mataronés Jaime Ventura, que encuentra en Manuel Faló al máximo realizador del equipo. El balance es digno: octavos de doce, pero no se puede eludir una fase de promoción, convocada en Balaguer, donde todo se vino abajo con estrépito, pues unos días antes de la cita se cesa a Jaime Ventura, frivolidad que se paga bien cara al cosechar sólo un empate ante el CAU de Oviedo y tres palizas ante Don Bosco de Rentería, Ripollet y particularmente ante YMCA de Málaga, 100-60, que devuelve al equipo a 3ª división.

Rubio toma buena nota y lejos de desanimarse dobla la apuesta lo que vendrá a ser común denominador de su trayectoria deportiva. Renueva el cuadro casi por completo con las incorporaciones de Estiragués, Zubizarreta y Robles, los tres de Casablanca; y Julio Aparicio, Félix Gómez, Luis Membrado y Rafael Abad, jóvenes de la cantera y sobre todo, en enero, obtiene un pleno verdaderamente providencial al importar desde la Universidad de Agricultura y Mecánica de Texas a un alero –entonces en funciones de pivot– absolutamente decisivo como fue Webb Williams.

Con Williams y con el catalán Juan Ribot, que llegó en marzo, el mano a mano que sostenían Helios y Montgat se resolvió sin paliativos a favor del cuadro aragonés y el entrenador de turno, este año Santiago Blasco, pudo presumir a falta de tres jornadas de ser campeón de grupo.

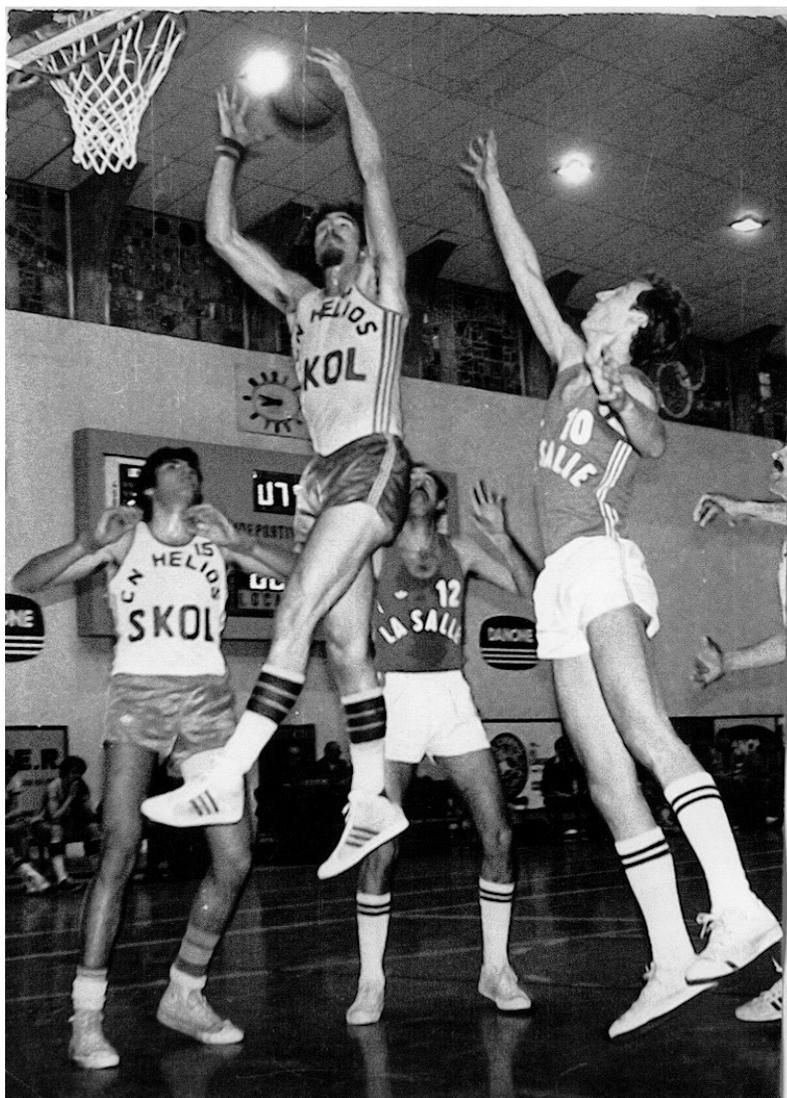
La fase de ascenso celebrada en Valladolid constituyó otro paseo triunfal. Se saldó con victorias ante el Virgen de Atocha, Guadaljair de Málaga, Basket Badalona y Cuartel de la Montaña y con el ascenso garantizado se pinchó en la final con el Loyola Indaicho de López Iturriaga.

WILLIAMS RELANZA AL EQUIPO

Por fin, en la campaña 1976-77 comienza el despegue al concurrir tres factores que resultan decisivos: la llegada de un técnico profesional de gran solvencia como José Luis Ereña, formado en la entonces fructífera cantera bilbaina; el regreso a Zaragoza de José Manuel Lausín, después de brillantes temporadas en Águilas, Fiber y Kas de Bilbao y la consolidación del norteamericano Webb Williams, cuyo rendimiento y calidad humana fue tan extraordinario que contribuyó determinadamente a relanzar afición y equipo.

Williams anotó este año 1.059 puntos –máximo score de todas las categorías– promedió cerca de 40 puntos por partido y ofreció una lección diaria de calidad y honradez en la cancha, que el público comenzó a premiar dejando pequeño el desaparecido pabellón de la CAZAR, frente a la Romareda, hoy oficinas y tienda comercial del primer equipo de fútbol. El equipo terminó sexto, haciéndose inexpugnable prácticamente en Zaragoza –sólo perdió con el Granollers– gracias a la exhibición de Williams, que por supuesto encabezó la lista de encestadores de

la liga, y a la aportación de Lausín, quien sumó 596 puntos –21,2 de promedio–, siendo el tercero entre los españoles y el décimo quinto en la clasificación general, con doce americanos por delante, como es natural. La plantilla la completaron Ramiro Casado, José Blas Margelí, Luis Estiragués, Manuel Alda, Jesús Soto, Manolo Faló, Juan Ribot y Rafael Abad. Comenzaron la liga y no la concluyeron por distintos motivos Joaquín Costa y Fernando Arnaldos.



Cuando todo parece apuntar a la nueva proyección del baloncesto zaragozano, llega la liga 1977-78 y se repite el revés de once años atrás pues la Federación se rasga las vestiduras por la profusión de americanos y los limita sólo a la máxima categoría. Consecuencia: hay que prescindir de Williams, el tejano milagro y remodelar de arriba a abajo la plantilla porque Ribot regresa a Cataluña y Margelí y Lausín ponen fin a su carrera deportiva. En contrapartida llegan Joaquín Salvo,

de Obradoiro; José Manuel Beltrán, del juvenil de Estudiantes, Augusto de la Concepción, de Vigo; Pedro Aliguer, de Mollet; Rafael Costa, del YMCA de Madrid, y sube al primer equipo el joven Fernando Arcega, que este año viste la camiseta internacional de España en dos categorías, la juvenil y la junior.

La temporada conoció también otro momento de arrebató, otra de esas machadas marca de la casa pues como Williams quedaba forzosamente en paro y deseaba seguir residiendo en Zaragoza el equipo se inscribió en la Copa Korac, donde sí podían alinearse extranjeros. La aventura se saldo con una sola eliminatoria ante el histórico Cinzano de Milán y aunque no hubo precisamente barcos, sobre todo en el encuentro del Pallalido, 140-76, sí que hubo honra y mucho ambiente pues este año se organizaron dos trofeos internacionales «Ciudad de Zaragoza». El primero en el Palacio de los Deportes entre las selecciones absolutas de España, URSS, Cuba y Francia. El segundo en el Pabellón de la CAZAR con Helios y las selecciones nacionales juniors de España, Grecia y Nueva York, con triunfo final de Helios, reforzado por Williams, evidentemente, y por el veterano John Jhonson, del Juventud de Badalona.

En cuanto a la liga, hubo una primera vuelta triunfal, el equipo se puso líder, pero llegó el bache y no se pudo subir del cuarto puesto. Así y todo se acarició el ascenso, conseguido por Mollet y Castilla, quedando en puertas Valladolid y Helios.

OTRA VEZ ARRIBA

La campaña 1978-79 fue la del regreso a la élite. Veinte años después de la aparición de aquel pionero Iberia, Zaragoza estaba otra vez entre los grandes logrando el ascenso con una plantilla totalmente nacional conducida nuevamente por Ereña y con la incorporación de Emilio Nicolau, un pivot del Castilla; Alberto Alocén, internacional junior y alero canterano del Real Madrid; Ángel Trigo, zaragozano repescado del junior del Madrid; Jesús González, también de la cantera blanca y como Alocén, fichado del Universitario de Oviedo; Carlos Salinas, un alero de San Viator de Vitoria; José Ramón Lete, también de San Viator y fichado del Breogan de Lugo; Nicolás Costa, de la Peña Zoití de Huesca y Ángel Simón, zaragozano del colegio Montearagón. Como se ve una plantilla llena de novedades y ya muy estructurada, con José Antonio Martín Espíldora, como secretario general; Pedro Pablo Fernández, como preparador físico; Paco Binaburo como recuperador y siempre bajo patrocinio de la cervecera Skol y de los buenos oficios de su director comercial Luis Gómez.



En el plano deportivo las cosas rodaron perfectamente desde el primer día. El conjunto funcionó de manera muy compacta. Salvo y Nicolau promediaron 18 puntos por partido; Arcega, 16; Lete, 14, y Alocén, 13. El equipo acabó segundo igualado a puntos con el Valladolid y con doce de ventaja sobre La Salle Barcelona. Sólo cedió una derrota en la cancha vallisoletana, hubo –anecdótico por lo extraño– dos empates, en Ferrol y Hospitalet, y el resto fueron victorias. Hubo también tragedias como la protagonizada por Salvador Colominas, jugador de la plantilla que a comienzos de la temporada perdió la vida en la carretera al regresar en un permiso a Barcelona.

La Liga Nacional 1979-80 asustaba lo suyo pues Helios partía entre la docena de clubes elegidos y lo hacía, lógicamente, sin experiencia entre los grandes. Al equipo había regresado Webb Williams después de haberse proclamado máximo encestador de la Liga el año anterior con el Basconia. Otras gotas de veteranía las aportaron Jesús Iradier, exinternacional repescado en Tenerife y Jesús María Pérez, pivot del Askatuak de San Sebastián. La cuarta y última novedad, el joven Luis Candéal.



El objetivo de mantener la categoría se consiguió con cierta holgura, acabando décimo, dejando detrás solo a Basconia y Mollet, pero evidenciando personalidad y frescura. Se sumaron seis victorias, trece derrotas y, curiosamente, tres empates, uno en Zaragoza y otros dos en Vitoria y el Magariños. En la Copa del Rey se pasó una eliminatoria ante el Mollet y se cayó con estrépito ante el Tempus.

En el plano individual Williams promedió 24,7 puntos por partido y pese a arrastrar serias dificultades con sus pies fue el cuarto mejor anotador de la Liga y el mejor promedio de tiros libres. Joaquín Salvo lideró la lista de asistencias por delante de estrellas como Cabrera, Solozabal, Costa, Corbalán y López Abril. El propio Salvo,

Arcega y Nicolau fueron internacionales sub-23; Roberto Gómez, internacional junior; y Rafael Martínez, Pepe Arcega, Jorge Ruiz y Manuel Carpi, internacionales juveniles. La cantera, como puede verse, producía calidad y abundancia.

1980-81 fue la campaña de la consolidación deportiva y la de la pérdida nuevamente, de la identidad corporativa del Centro como actor principal del baloncesto aragonés.

Al equipo habían llegado estrellas como el base internacional badalonés Manel Bosch; otro base catalán, Bernardino Pérez; había causado baja Williams y la plaza de extranjero se le otorgó al pivot internacional sueco Sten Feldreich, un hombretón de 210 centímetros al que las cosas no le rodaron bien porque no era un anotador y el equipo adolecía de capacidad ofensiva. Como consecuencia, se le cortó el contrato tras la séptima jornada de liga y su plaza la ocupó Hollis Copeland, un descarte de la NBA, de Nueva York Knicks, que se metió al público en el bolsillo y se convirtió en el ídolo local gracias a sus portentosas facultades físicas, a su inteligencia, elegancia y eficacia en la pista: 25 puntos por partido.

Así el equipo acabó séptimo en una liga dominada por el Barcelona en la que Helios fue en buena medida juez del título.

En la Copa del Rey se eliminó al Hospitalet en octavos de final tras arrollarlo en el encuentro de vuelta en Zaragoza, 104-83, y se cayó en cuartos de final con el Real Madrid, tras perder en la capital 110-71 pero devolviéndole una pequeña hazaña en La Romareda: 103-101.

Unos días antes de expirar 1980 lo hacía también, tras cruel enfermedad, Ángel Mallo Gayarre, el presidente del Centro que años atrás inspiró la apuesta por el baloncesto de élite cuando el equipo militaba todavía en tercera división. Ahora el club estaba entre los grandes de primera pero los días tocaban a su fin bajo responsabilidad de Helios. José Luis Rubio planteó a la Junta la segregación definitiva del Centro toda vez que las posibilidades económicas de Helios habían llegado al límite. La crisis de crecimiento aniquilaba uno de nuestros emblemas y daba paso al nacimiento del C.B. Zaragoza.

Pero esa es otra historia.

1983 el baloncesto llegó a Segunda División.

Temporada 83-84: En baloncesto se coqueteó con los puestos que daban acceso a la fase de ascenso a Primera B, pero todo quedó en agua de borrajas. El equipo estaba en Segunda División, entrenado por José Luis Ereña. El Helios-Caja Bilbao de la jornada postrera del campeonato daba todo, o lo quitaba. No había otra posibilidad, ni por tiempo, ni por números. Y ocurrió lo peor: 84-86. De ser campeón de grupo, a tercero, pues el Askatuak, con los mismos puntos que Helios, reunía mejores resultados particulares y fue segundo clasificado.

1984: El año concluye con la celebración de las bodas de oro del baloncesto en Helios, que vienen a coincidir con las de este deporte en Aragón. La histórica cancha lindante al Ebro vuelve a ser escenario de una emotiva mañana en la que desfilan docenas de jugadores, técnicos, árbitros y directivos de distintas épocas que fueron aportando mano a mano el caudal humano necesario para hacer de Helios uno de los clubes históricos de España.

1985: El baloncesto no está para tirar cohetes, José Luis Ereña, ha cerrado su etapa en Helios y Manuel Falo le toma el relevo para tratar de organizar poco más que la cantera porque los mejores efectivos humanos se han vaciado en beneficio del pujante CAI Zaragoza.

1986: El baloncesto sigue peleando en segunda división, con dificultades para mantener la categoría. Al menos se produce un motivo de satisfacción general al impulsar José Manuel Marqués la recuperación del Torneo Social, una cita de solera abandonada a lo largo de casi dos décadas, que junto a las treinta y unas constituía la esencia misma del baloncesto en Helios. A este nuevo social se apuntan más de un centenar de jugadores, entre diecisiete años y los cincuenta largos de Gonzalo Miranda.

1987: En baloncesto José Trallero dio el relevo a Fernando Fabra y a un nuevo equipo de colaboradores entre los que se abre paso el temperamental Javier Macipe, nuevo responsable técnico. Y se potencia el torneo social, ahora con equipos infantiles y femeninos.

1988: En cuanto al baloncesto, va pasito a pasito. Firma Álvarez Beltrán como patrocinador y Macipe acaricia la promoción de ascenso a 1ªB: se clasifican cuatro equipos y Helios acabó quinto. En el social, record: trescientos jugadores y veintidós equipos.

ANFITRIÓN DEL BALÓN DEL CENTENARIO

Nuestro Club protagonizó un acto de indudable resonancia internacional al acoger durante unas horas el Balón del Centenario del Baloncesto, que desde finales de abril recorrió el mundo hermanando países, estrechando lazos entre miles de jugadores y configurando, en definitiva, la verdadera dimensión mundial del baloncesto.

La Ruta del Centenario se había iniciado en Springfield (Massachussets), cuna de este deporte desde que el 27 de diciembre de 1891 el doctor Naismith ideara un pasatiempo bajo techo con el que preservar del crudo invierno a sus alumnos.

Cien años después, el baloncesto se ha convertido en un auténtico fenómeno social que concita verdadera pasión entre practicantes y espectadores de los cinco continentes, entre los que se cuentan, de antiguo, los pioneros heliófilos, apóstoles en su día de un nuevo deporte nacido en Aragón a la orilla del Ebro; después, portaestandartes del mismo durante varias décadas, hasta cuajar en el magnífico vivero del que surgiera el posterior CAI Zaragoza.

Como decimos, un balón firmado por el presidente de Estados Unidos inició a finales del mes de abril una gira mundial en Springfield (Massachussets) recogiendo adhesiones de distintos jefes de estado, hasta llegar a finales del mes de mayo a Atenas, donde se disputó un gran torneo por invitación con presencia de seis selecciones nacionales del Viejo Continente, entre ellas España. Simultáneamente, cinco balones más realizaron otras tantas vueltas al mundo con destino final igualmente en Atenas.

El balón europeo llegó a España el 15 de mayo. Se recogió de manos de la Federación Portuguesa en la frontera con este país, realizando ese mismo día un acto en Badajoz. Inmediatamente después, el Balón del Centenario se trasladó mediante una serie de relevos y de trayectos neutralizados a Sevilla, Granada, Madrid, Toledo, Guadalajara, Valencia, Soria, Bilbao, Vitoria, Zaragoza y Barcelona, desde donde se embarcó con destino a Milán.

El Balón del Centenario llegó a Zaragoza el día 24 de mayo a media mañana procedente de Navarra. Cerca de un millar de niños efectuaron los relevos preceptivos –aproximadamente treinta metros cada uno, o lo que es igual, la medida de una cancha de baloncesto– partiendo desde el Pabellón Príncipe Felipe hasta llegar a nuestro Centro. Aquí se recibió por el presidente, Junta Directiva, socios honorarios y medios informativos de la ciudad que acompañaron al histórico balón durante su estancia en Helios en su condición de club pionero y decano en Aragón. En presencia del presidente de la Federación Española de Baloncesto, Pedro Sust, y del gerente de los actos conmemorativos del Centenario, José María Turmo, el exinternacional zaragozano Lorenzo Alocén realizó una emotiva ofrenda floral al padre Ebro en memoria de todos los baloncestistas fallecidos.

A continuación la columna de baloncestistas trasladó el balón al Ayuntamiento y a la Basílica del Pilar, donde se llevó a cabo una ofrenda a la Virgen y un acto religioso oficiado por el exjugador del Iberia zaragozano e internacional español, Juan José Moreno, de la Compañía de Jesús, quien evocó a todos los componentes de la gran familia baloncestística desaparecidos a lo largo del siglo y concluyó con un recuerdo a todas las órdenes religiosas, durante tantos años verdadero sustento del baloncesto en España.

1992: En baloncesto, Alfonso Alonso se hace cargo de la sección, el pub Bataclan se incorpora como patrocinador y se vive una jornada nostálgica con la visita del inolvidable Webb Williams, actualmente pastor evangélico, quien vuelve a recorrer con enorme cariño las instalaciones de Helios.

1995: Volviendo al baloncesto hay que anotar que se pone en marcha la escuela, heredada de los campus de Navidad y de Verano, y que ahora convoca a niños y niñas hasta los once años en el pabellón Santo Domingo, en el Paseo Echegaray y Caballero, es decir frente a nuestras instalaciones.

BALONCESTO: ÚLTIMO ACTO

El largo paréntesis producido entre 1981 y 1996, o lo que es lo mismo los quince años de vigencia del proyecto del Club Baloncesto Zaragoza, sumieron a Helios forzosamente en un segundo plano baloncestístico supeditado en todo momento a las necesidades del club de élite.

Vaciada de arriba abajo la cantera, desmontada su estructura por completo y trasvasados íntegramente sus efectivos humanos, Helios debió asumir una nueva travesía del desierto no exenta de logros deportivos en las categorías inferiores, y de generosos esfuerzos individuales, pero condicionada en todos los casos al resplandor del CAI Zaragoza, que conoció en esta etapa años verdaderamente dorados.

Llegada no obstante la temporada 1996-97 y quebrado con estrépito el faraónico sueño de Rubio, llegó el momento de volver a tocar a rebato, de recoger otra vez los restos del naufragio y de mantener viva la llama del baloncesto zaragozano.

Con este propósito se tomó la salida en la Liga EBA, eufemismo como otro cualquiera para denominar la tercera división, que así y todo resultó indigesta porque se jugó con lo puesto y sin poder sujetar las ofertas que llegaban por los jugadores más cotizados como José Miguel Hernández, que abandonó el equipo a las pocas jornadas. Lo mismo pasó con el incombustible José Luis Ereña, que dejó el conjunto a mitad de liga en manos de Javier Macipe. En definitiva, muchos problemas que habían comenzado en realidad antes de iniciarse la temporada con la trágica desaparición de José Ángel Martínez, uno de los jugadores más carismáticos de la casa que fallecía en la flor de la vida, víctima de un derrame cerebral. Una de las pocas alegrías del año la constituyó la repesca de Santiago Aldama, uno de los gigantes de la última etapa del Amway, que volvió a recalar en Zaragoza tras pasar por Gran Canaria.

Esa temporada bastante se hizo con mantener la categoría pero en la siguiente, la 1997-98, Macipe tuvo tiempo de armar mejor al equipo, recuperó a Francisco Lostal e hizo ejercer a Aldama de americano. El equipo recobró tono y prestigio, y en esa tónica lo mantuvo Abelardo Lavilla la campaña siguiente, la 1998-99, cuando se peleó ya sin ningún complejo por la parte alta de la tabla.

El último capítulo toca, por ahora, a este ejercicio de fin de siglo en el que vuelven a existir ambiciones de la mano de una plantilla cuasi profesional que cuenta con técnico importado –Javier Díaz Castroverde–; con refuerzo norteamericano –Roger Crawford–; con firma patrocinadora solvente –la constructora Hispanocobyr– y en definitiva con una estructura de la que tiran con fuerza el delegado de la sección, Pedro Luis Alonso, uno de los vicepresidentes del Centro, Fernando Fabra, y el propio José Luis Rubio, que se sumó al proyecto para aportar, entre otras condiciones, la vecina cancha del C. B. Zaragoza, en el ACTUR, convertida en pista talismán, como muy bien acreditó el equipo terminando líder.